

Luciérnagas en la memoria



Pilar Sánchez Vicente

A punto de subir al barco que la evacuará de Asturias y en medio del caos provocado por los bombardeos, la pequeña Adriana se derrumba: atrás queda la infancia feliz en Biedes y una familia a la que no sabe si volverá a ver. Jacinto, fugado y perseguido, está dispuesto a resistir en el monte hasta que vuelva la República. Las vidas de los dos hermanos, trágicamente separados a consecuencia de la Guerra Civil, estarán marcadas por una lucha permanente: ella contra el desarraigo, él por la supervivencia. Son dos héroes anónimos, cuyos testimonios nos servirán para conocer y profundizar en los acontecimientos del siglo XX. Un periplo a través de la Historia de dos países, España y Argentina, y dos regiones, Asturias y Tucumán, unidas a través de los protagonistas. Las personas no decidimos dónde o cuándo nacemos y, aunque intentamos encauzar nuestras vidas, no somos más que afluentes corriendo hacia nuestro destino, actores involuntarios de una obra cuyo guión ya está escrito... pero la voluntad de Adriana podría cambiar ese final.

Índice de contenido

Cubierta

Luciérnagas en la memoria

Nota de la autora

Capítulo I

Cuaderno primero

Capítulo II

Cuaderno segundo

Capítulo III

Cuaderno tercero

Capítulo IV

Cuaderno cuarto

Capítulo V

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

A Xuan Xinés, Xabel Colás, Llarina, Guillermo,
Laura Selina y Leticia Nerea, de su tía.

Nota de la autora

Como es costumbre en todas mis novelas, algunos de los personajes y hechos descritos tienen fiel correspondencia con la realidad, mientras otros son fruto exclusivo de mi imaginación. Dejo en tus manos su discernimiento.

CAPÍTULO I

Gijón, puerto de El Musel, septiembre de 1937.

—¡Montes Peón, Adriana!

Aquí comienza esta historia y allí empezó mi periplo, este interminable y accidentado viaje hacia la fosa donde buenos y malos se igualan: los verdugos y las víctimas, los valientes y los cobardes, los leales y los traidores. ¿Por qué ese momento y no otro? Podría haberla iniciado cuando un puñado de militares visionarios decidió interrumpir el curso de la Historia, aunque seguramente ese día de julio estaba jugando. O aquel señalado martes de abril, cuando mi padre, Arsenio Montes, salió elegido diputado por el Frente Popular, resultado electoral que se celebró con una inolvidable fiesta. O cuando mi hermano Jacinto se asomó al puente a saludarme vestido con mono azul, serio bajo la boina, rígido bajo el corraje, y yo ni siquiera me acerqué. O la despedida entre lágrimas de mi madre, Matilde Peón, augurando ingenua un próximo reencuentro. Ninguno de aquellos hechos precedentes reveló al producirse su significado y posterior trascendencia. Mi nombre, amplificado y pronunciado a gritos entre otros tantos, sí. Aquella llamada abrió por primera vez las puertas del abismo al que tantas otras habría de asomarme. Y a su borde, suspendida por el vértigo, quedé clavada, desorientada, vacía, perdida, incapaz de reconocermé en las tres palabras escupidas por el megáfono.

—¡Adriana Montes Peón! —Repitió desabrida la voz ante mi aturdimiento.

Con una sacudida fui arrancada del anonimato de la multitud vociferante, a duras penas contenida por los guardas con una cuerda, y arrojada a una interminable y lastimera fila de silenciosos niños: ojos abiertos de par en par, labios apretados, hormigas asustadas. Nos llamaban de uno en uno para subir los primeros, evitando así que fuéramos pisoteados en la escalerilla. A nuestra espalda los gritos arreciaban; enfrente, la mole del mercante que nos transportaría, tapaba el cielo. Comenzaron a sonar las sirenas y todos nos tiramos al suelo. Era algo que habíamos aprendido aquellos días. Desde la bocana de la bahía, un siniestro crucero, el arrogante *Almirante Cervera*, el *Chulo del Cantábrico*, empezó a disparar contra la costa. A mi alrededor, el muelle se sumió en un caos. Una de las bombas cayó cerca del barco, incendiando una remolcadora que intentaba alcanzar refugio en el puerto. El impacto agitó peligrosamente el agua y los gritos arreciaron al ver balancearse el carguero, temiendo que con él se fuera también a pique la última esperanza. No fue así. Tras un rato interminable, varios aviones procedentes de tierra sobrevolaron nuestras cabezas en dirección a alta mar. Sus disparos ahuyentaron al Cervera y al fragor de la batalla sucedió el más espantoso silencio. Despojos humanos flotaban entre maderos y aceite en llamas, mientras un denso y asfixiante humo se propagaba cubriéndolo todo. Puestos apresuradamente en pie, tosiendo y lagrimeando, la fila apretó el paso. Apremiada por los que me seguían, no tardé en encontrarme frente al hombre de la lista.

—¿Eres Adriana Montes Peón? —Me señaló con un mordido lápiz.

—Sí —balbucí, sintiendo seca la garganta.

—¿Vienes sola?

—No —negué con la cabeza.

—Al subir, a la derecha —me miró fijamente—. ¿Sabes cuál es tu derecha? —asentí firmemente—. Muy bien. Pues te pones con los niños de la derecha y no te mueves hasta que vayan a recogerte. Si el barco sale y no te encuentran, busca al capitán.

Iba a preguntarle cómo sabría quién era, pero su manaza ya me había lanzado escalerilla arriba. Miré atrás, buscando a Aurelia, pero no la vi. Los últimos niños habían sido llamados y la muchedumbre se había ido desplazando tras de sí, formando un amorfo cuerpo de mil pies. Era imposible distinguir a nadie. Sonaron tiros y el pánico cundió. Algunos amenazaban caer al muelle. Las sirenas volvieron a sonar. Un desconocido se arrojó al agua lanzando un alarido desesperado. La multitud reculó para avanzar de nuevo inmediatamente, con más determinación si cabe. Si los hombres uniformados soltaban la cuerda que la sostenía, la codiciada escalerilla se hundiría irremisiblemente. Se tambaleaba con el peso de nuestros menudos cuerpos, subiendo prudentemente de uno en uno, pero la amenaza provenía de cientos de personas que, con los ojos desorbitados, extendían sus manos y la sacudían intentando seguirnos. Aceleré el paso atemorizada, pero solo conseguí chocar con el cuerpo precedente. El chiquillo, un grandullón de Infiesto, se dio la vuelta y me recriminó:

—¡Eh, tú, canija, que no estás sola! ¿Quién te crees qué eres?

Enmudecida, le señalé con un tembloroso dedo la tierra firme y al mirar comprendió cabalmente lo que se nos acercaba. Un hombre lanzó un inesperado puñetazo al guardia y lo tiró al agua. La turba empezó a ascender como una ola, haciendo vibrar peligrosamente los peldaños de madera. Corrimos hacia arriba, pero al llegar al puente nos separamos. Yo viré a mi derecha, uniéndome a los que viajábamos acompañados, y él, tras un titubeo, al lado contrario mirándome con envidia. Un marinero nos hizo correr, espantándonos con las manos como gallinas, hasta concen-

trarnos en popa y salvarnos, de paso, de morir aplastados. Subieron en avalancha, no hubo forma humana de contener tanto miedo, tanta ansia. Tuve más suerte que otros y Aurelia no tardó en encontrarme.

Haré un inciso para explicar quién era ella y qué hacía yo allí, tan lejos de mi hogar como una gaviota en la montaña. Aurelia era una vecina del pueblo, muy amiga de mamá, soltera y afamada costurera, con fama de *roja* y predilección por el anís. Papá, dueño de un almacén de bebidas, solía suministrarle una botella a la semana para los dolores de barriga, aunque sus permanentes coloretos delataban un uso menos medicinal. Cuando yo era demasiado pequeña para ir a la escuela y mis padres salían a trabajar, me dejaban a su cargo. Solía tener el licor debajo de la mesa camilla y no vacilaba en mojar mi chupete con unas gotas si la incordiaba demasiado. Frecuentaba diariamente nuestra casa, allí confeccionó con ayuda de mi madre la enorme bandera tricolor que engalanó el balcón del Ayuntamiento de Piloña el 14 de abril de 1931. Ese fruto no venal de su oficio, unido a su fogoso talante anticlerical, propiciarían su salida hacía el exilio, convertida en mi compañera de viaje.

Yo nací en Biedes, una aldea cercana a Infiesto, la capital del término municipal de Piloña; en esa Asturias verde perdida y reencontrada. Pese a estar los negocios familiares localizados en la villa de Infiesto, mi padre mantuvo siempre la residencia en Biedes, en casa de la bisabuela, lugar donde recaló tras llegar de Cuba con su padre, mi abuelo, en 1915. La principal razón de este afincamiento fue la llegada al pueblo de una maestra nueva tres años más tarde: Matilde, mi madre. Lo suyo fue un flechazo súbito de Cupido, así les gustaba describirlo, y tras un breve noviazgo se casaron. Pronto nació el primer hijo, Jacinto, en 1920 y cinco años después, inaugurando el año 1925, vine yo al mundo.

Tenía seis años, pues, el día que se proclamó la II República. Cuando la noticia llegó al pueblo, la gente llenó pla-

zas y caminos festivamente, de forma improvisada. En casa vivíamos en una nube tejida por los sueños de mis padres, empeñados en cambiar el presente para regalarnos un futuro mejor, y aquel 14 de abril se celebró como una primavera revolucionaria. Mi madre había cursado sus estudios en la Institución Libre de Enseñanza y estaba impregnada por las modernas corrientes laicistas y libertarias. Convencida de asistir a un cambio histórico y queriendo participar de él, antes de ir con Aurelia a llevar la bandera a Infiesto, corrió a la escuela a retirar los crucifijos de las aulas y subirlos al desván. Aquel gesto desató un gran escándalo: fue acusada de haberlos quemado y aunque demostró que los conservaba intactos, se granjeó para siempre enemigos acérrimos y peligrosos. Porque esos estaban escondidos, apuntando los nombres y las caras; ellos no estaban de fiesta, esperaban agazapados su momento.

En octubre de 1934 se convocó en España una huelga general que en Asturias se convertiría en indefinida. En el imaginario popular, la revolución obrera se consideraba un parto doloroso y necesario, tras el cual nacería un mundo sin mácula ni injusticia, un nuevo orden social. Yo tenía nueve años y aún recuerdo los acontecimientos vividos, aunque entonces fuera incapaz de interpretarlos. Se sucedieron quince días de esperanza, de quebranto, de lucha desesperada palmo a palmo, culminados en un baño de sangre tras el ulterior aplastamiento militar. Las represalias también alcanzaron Biedes. Columnas de militares, muchos procedentes de África, vinieron en coches, camiones y a caballo e invadieron el pueblo. Entre aullidos, amenazas y carreras, los temidos moros metían en sus amplias perneras las gallinas, los cuchillos, las berzas... y en los turbantes el dinero, los relojes y las alhajas confiscadas en los registros. Nos sacaron por la fuerza de las casas y nos concentraron en la plaza. Permanecimos agrupados de pie, firmes, pegados unos a otros con la cola del pánico durante toda la tarde. Saquearon las viviendas, las cuadras y las tenadas, amonto-

nando ante nuestros pies los fusiles, las pistolas y, sobre todo, la dinamita requisada. Había muchas armas guardadas, demasiadas, aunque en nuestra casa no encontraron ninguna. Constante, el omnipresente amigo de mis padres, iba siempre armado, pero ellos eran declaradamente pacifistas. De nada les serviría.

El cura la tenía tomada con las dos mujeres. Aurelia sumaba, al agravio de la bandera tricolor, haberse negado a coser gratis para él. Y Matilde no solo había retirado los crucifijos de las aulas, sino que había conseguido para la escuela una pequeña biblioteca donada por el propio Azaña. Aquel tesoro era el orgullo del pueblo y motivo de continuos anatemas desde el púlpito, desde donde era calificada de *instrumento pernicioso del diablo*. Cuando irrumpieron en el colegio, el sacerdote fue detrás, aplaudiendo y jaleando a los asaltantes mientras vaciaban las estanterías. Él contribuyó a alimentar la pira de libros en el patio con sus propias manos... mientras mi madre quemaba las suyas intentando salvar del fuego las obras más preciadas. Arsenio fue reducido a culatazos intentando ayudarla y defenderla. En cuanto a Aurelia, cuando al fin consiguieron apartar sus manos del párroco, le había arrancado varios botones de la sotana y enarbolaba el alzacuellos como un triunfo. Se llevaron a los tres detenidos ante nuestros atónitos ojos. Jacinto y yo fuimos recogidos en casa de unos vecinos hasta el día siguiente, de aquella mis padres todavía tenían influencias. Aurelia no regresó con ellos, la mantuvieron presa hasta febrero del 36, acusada de intentar asesinar a un religioso.

La mayor parte de los hombres que se llevaron aquella noche tampoco volvieron, hermanos de mis amigas y amigos de mis padres desaparecieron del pueblo. No olvido la recua de prisioneros bajando por la carretera, conducidos a culatazos por los guardias civiles a las cárceles de Infiesto, Gijón, Oviedo... ni el odio contenido en sus miradas. A partir de aquel día, permanecieron cerradas día y noche puer-

tas y ventanas en aquel pueblo que siempre las tenía abiertas. Era como si, tras la aciaga noche de la quema, un humor extraño, anómalo, maligno se hubiera instalado entre nosotros envenenando las conciencias. En las cocinas, en los caminos, en el mercado se mascaba la tensión, la rabia, la violencia: *Esto solo lo resuelve una guerra, Aquí va a estallar la guerra, Están buscando una guerra...* Papá siempre decía que había que evitarla a toda costa, que solo era cuestión de entenderse; una guerra no traía más que desgracias, muertes inútiles y más miseria para los pobres.

Fracasada la vía revolucionaria, quedaba la política y ese era terreno abonado para mis padres. Arsenio Montes se presentó por el Frente Popular de España, un conglomerado de fuerzas de izquierda, republicanos, socialistas y comunistas, creado en 1935 y que llevaba como bandera y exigencia común la libertad de las personas detenidas durante la feroz represión de 1934, entre ellas Aurelia. La campaña se ganó dentro de las cárceles y al pie de los fogones. Consiguieron la victoria con escaso margen en las elecciones de febrero de 1936 y con ella su objetivo, la liberación de los presos. El día anunciado, mis padres partieron temprano a recoger a Aurelia a la salida de la cárcel de Oviedo y su regreso, junto con el de otros vecinos y vecinas, propició una gran fiesta que duró más de tres días. Los camiones subían cargados de botellas y bajaban vacíos. Hubo orquestina, discursos, verbena... En mi memoria permanece indeleble Aurelia empuñando el megáfono, subida en el estrado con unas tijeras, retando al cura a salir de la iglesia para cortarle... el hábito. Imaginad las carcajadas, máxime cuando lo habíamos visto salir a todo galope de la casa parroquial al conocerse el resultado.

La alegría no duró mucho. El golpe de estado tuvo lugar apenas unos meses más tarde, el 18 de julio de ese año. Como consecuencia del mismo, España se disgregó en zonas leales al régimen republicano y zonas rebeldes, denominadas a sí mismas *nacionales*. La provincia se man-

tuvo afecta a la República excepto la capital, Oviedo, donde triunfó el levantamiento de Aranda. La vida en Biedes continuó en su rutina, ajena a la guerra civil que la fallida sublevación había desatado. Al principio, se trataba tan solo de un rumor, pero pronto lo envolvió todo. La radio se encendía con temor y respeto. Mirábamos la luz amarillenta del receptor, sintonizando el dial en busca del parte, de las últimas noticias. Aquel aparato era el rey del hogar, a su alrededor transcurrían las largas, tensas veladas amenizadas por una sintonía de murmullos entrecortados y pitidos penetrantes con cada cambio de frecuencia. El carraspeo confuso de las ondas ametrallaba nuestros oídos con palabras, canciones y amenazas, provocando silencios, comentarios, juramentos. Roncas voces a duras penas distinguidas que conmocionaban la precaria tranquilidad hogareña. A mediados del verano los muchachos y los hombres desaparecieron de nuevo del pueblo, cuando todavía ondeaban las banderas de papel colgadas para celebrar su llegada. En pocas semanas, los estantes de las tiendas se vieron vacíos y las despensas llenas de productos básicos que pronto se acabaron también. La achicoria sustituyó al café y todo empezó a ser medido, tasado: el azúcar, la harina, el aceite, el arroz, las lentejas...

El curso se inauguró a mediados de septiembre y todos agradecemos la vuelta al cole. Por las mismas fechas, los establecimientos volvieron a abrir sus puertas y nuestra existencia recuperó la normalidad. Relativamente, pues dependíamos de una cartilla de racionamiento. Los negocios de papá se habían colectivizado con su anuencia, pero él seguía preocupado por su rendimiento como si todavía fueran de su propiedad. El invierno fue frío, un blanco manto uniformaba el terreno. Algunos días resultó imposible bajar a Infiesto y permanecemos aislados, los cuatro encerrados en casa, viendo desaparecer los tejados bajo la nieve. Pese al familiar paisaje, un temor silencioso nos invadía, algo desconocido, innombrable se había instalado entre noso-

tros. En circunstancias normales, nos encontrábamos al final del día en la cocina, refugio del calor familiar. Era difícil conseguir carbón, atizábamos la lumbre con leña y las mejillas enrojadas contrastaban con los regueros que chorreaban las prendas mojadas sobre la ardiente chapa de acero. Se había hecho costumbre que Constante y Aurelia se acercaran a esa hora y a menudo quedaban a cenar. Cuando nos sentábamos, platos de humeante caldo aguado nos esperaban, reposando sobre el hule de cuadros que cubría la mesa, siempre a la luz de velas y faroles para ahorrar electricidad. En la gasolinera se vendían *El Noroeste*, *La Prensa* y *El Comercio*, los diarios que llegaban de Gijón. Mi padre subía habitualmente un ejemplar de cada y, atento a desenrañar las claves de la conmoción y desinformación reinantes, empezó a llevar también el socialista *Avance*, el *CNT* de los anarquistas y *Milicias*, del Partido Comunista. Los ejemplares llegaban usados, manoseados, arrugados tras haber sido leídos, analizados, escupidos, bendecidos... Comentaban entonces los adultos los hechos acaecidos durante la jornada, intercambiando noticias y rumores, comparando las versiones, intentando extraer gotas de realidad de los ríos de tinta que no tardarían en convertirse en ríos de sangre. Yo lo encontraba aburrido, no entendía mucho, pero percibía en la piel el peligro, la amenaza en los titulares.

Una fecha dramática fue el 20 de febrero de 1937. Los días anteriores el asunto había monopolizado las tertulias, pero la noticia cayó fulminante: habían fusilado a Leopoldo Alas, el rector de la Universidad de Oviedo, pues, según los cargos, *los intelectuales habían puesto las armas en la mano a quienes defendían la República*. Eso hundió a mi madre, debilitó su moral, minó sus defensas. Aquella infausta jornada aparecieron en su pelo las primeras canas, nos las mostró sin saber que en breve habría de quedarle el pelo blanco, marchita su juventud. Jacinto, mi hermano, que solía permanecer callado, empezó a intervenir en las conver-

saciones a partir de ese momento con una inusitada vehemencia, alzando la voz como nunca le había visto hacerlo. Una noche, ante mi desconcierto, salió dando un portazo y dejó a mis padres llorando sin consuelo. Había elegido su destino. Al día siguiente, mientras trasteaba por la orilla del río, Jacinto pasó por el puente con su amigo Carmelo, convertidos ambos en milicianos y dispuestos a ir al frente. Ignorante de su decisión, pues me lo habían ocultado, lo saludé de lejos distraída y él se quedó un rato mirando, sin acercarse ni decir nada. ¡Cuántos años llevo lamentando no haber corrido hacia sus brazos, haber desperdiciado la ocasión de despedirme de él! Aquella fue la última vez que nos vimos. Sin él, la casa quedó vacía. Su ausencia deambulaba entre nosotros y su cama permanentemente hecha nos helaba el corazón. Mamá, sombra ya de sí misma, me llevaba consigo a todas partes y se despedía de mi padre por las mañanas como si cada una fuera a ser la última. Perdió su alegría y ya no cantaba como antes. Hasta dejó de contarme un cuento cada noche. Aquel verano no lució el sol y si lo hizo no fue en nuestro hogar. Yo prolongaba las estancias fuera de él por no verles las caras; echaba de menos a Jacinto, pero me dolía más no ser capaz de suplirle en el corazón de mis padres. Y cuando ya nos habíamos acostumbrado a convivir con la nostalgia, las trompetas anunciaron el apocalipsis y la muerte llegó por el aire precedida de engañosos cantos de sirena. ¡Cómo no voy a tener pánico a los aviones!

Aquella mañana amaneció como las precedentes, lechosa y triste. Iba caminando perezosa hacia el colegio, el cabás en una mano y mi madre apretándome la otra, con la cabeza gacha y ese rictus amargo nuevo en ella que no me gustaba nada. Pasos largos evitando los charcos y, de pronto, tiembla la tierra, arde la cuadra de Nicasio y todos gritan y corren. Estoy tirada en el suelo bajo su cuerpo, tengo la cara llena de tierra, me aplasta, la siento temblar y tengo miedo, mucho miedo; tanto que me hago pis. Fue el pri-